
Introducción

Este libro tiene como objetivo el análisis de las manifestaciones artísticas de la primera etapa correspondiente a la Edad Contemporánea. Hemos establecido una cronología que arranca hacia 1760, es decir, a principios de la segunda mitad del siglo XVIII, y concluye sobre 1910. Esta datación responde al análisis objetivo de las distintas corrientes artísticas contemporáneas del siglo XIX que, como es sabido, no nacen en 1800 ni concluyen en 1900. Por ello, hemos creído necesario comenzar cuando se inician cambios sustanciales en el pensamiento, en los movimientos culturales e intelectuales en Europa, que inspiraron profundos cambios culturales y sociales y, naturalmente, artísticos. Esta misma situación se trasladó a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Un periodo en el que se asiste, en primer lugar, al esplendor y crisis del Neoclasicismo (1760-1815) con especial relevancia en el Neoclasicismo cosmopolita de las diversas naciones europeas y norteamericanas. Se pone de relieve el redescubrimiento de la Antigüedad clásica, su vinculación con todo el mundo intelectual de la Ilustración, el carácter social de esta corriente y el protagonismo de Francia y su vinculación con las ideas de la Revolución francesa.

En segundo lugar, se analiza el desarrollo y distintas vertientes de las manifestaciones artísticas a lo largo del siglo XIX y los cambios que, desde el urbanismo, la arquitectura, la escultura y la pintura se producen en este siglo.

En cuanto a los temas relacionados con la arquitectura y el urbanismo, se plantea un estudio de estos ámbitos desde la introducción de los nuevos materiales y procedimientos de la ingeniería surgidos de la Revolución Industrial. Se intenta dejar constancia también de la dialéctica entre el arquitecto y el ingeniero que domina todo el siglo XIX. El urbanismo de este periodo se propone a partir de las diversas soluciones que se van a adoptar como respuesta a la revolución demográfica y al crecimiento continuo de las ciudades industriales. Se han seleccionado desde posturas más utópicas, como los falansterios de Fourier, hasta

otras más científicas que tuvieron un mayor éxito, como el París de Haussmann o el Ensanche de Ildefons Cerdà.

Con respecto a las artes figurativas, se analizan las diferentes cuestiones estilísticas y su desarrollo. Un devenir artístico que nos lleva desde el Romanticismo a la modernidad. En el Romanticismo (1815-1848), se destaca el papel de las academias y estudios privados frente al anquilosamiento de las academias oficiales. Se intenta poner de manifiesto su mirada hacia la Edad Media, el interés por el paisaje y el deseo de romper las barreras entre arte y vida.

La segunda mitad del siglo comprende el estudio del Realismo, entendido como una superación de la forma más subjetiva de ver el mundo del Romanticismo y el empeño por una mayor objetividad. Se pone de manifiesto su vinculación con los revolucionarios liberales de 1848 y su compromiso social con los desequilibrios ocasionados por la Revolución Industrial. El Simbolismo se presenta como la presencia de un conocimiento interior acerca de un universo subjetivo. Del Impresionismo, Neoimpresionismo y Postimpresionismo se ha intentado destacar la nueva forma dinámica de entender el espacio y sus preocupaciones por los aspectos más estrictamente plásticos de la realidad.

Nuestra selección pasa por hacer hincapié en los centros originarios de los distintos fenómenos artísticos, donde quizá aparezcan con una mayor pureza y profundidad las diferentes problemáticas que vamos desgranando a lo largo del libro. Pero no olvidamos las obligadas referencias al contexto español, cuando estos ámbitos artísticos brillan con luz propia.

Una cuestión de estilo

A nivel internacional han surgido diferentes defensores de posturas abiertas, plurales y amplias en la interpretación de la historia del arte. Las teorías de Hauser y Argan, por ser parciales en su visión social-marxista del arte, han quedado hoy en día en desuso. Gombrich, el padre del movimiento de renovación de la historia del arte en los años 1960, es hoy valorado a nivel internacional como «la vieja historia del arte». Y, sin embargo, se han convertido en renovadores de estas corrientes investigadores de la talla de Jonathan Brown para el periodo del siglo XVI y XVII, Eugenio Battisti para el XVII, Francis Haskell para el XVII, XVIII y XIX, Robert Rosenblum, Linda Nochlin, T. J. Clark o Albert Boime para el siglo XIX, directores en la mayoría de los casos de los departamentos de Arte de las más prestigiosas universidades del mundo (Nueva York, Roma, Oxford, Londres, Columbia, Berkley o París). En todo caso, cuando un investigador se enfrenta a un tema inédito de investigación, ha de acometerlo de acuerdo con una metodología. La elección de una metodología u otra es completamente libre y arbitraria.

La historia se puede estudiar de dos maneras: vertical y horizontal. En el primero de los casos sucede como cuando visitamos un museo, pasamos de una sala de pintura del *trecento* a otra del *cinquecento* sin apenas percibir las importantes contradicciones formales que presentan las obras, igualmente, la historia del arte no está originalmente ordenada tal y como algunos historiadores han

pretendido. Es un método que tiene la abstracción y la claridad de la historia de las ideas, seguimos aparentemente un desarrollo lineal, asistimos a un espectáculo representado solo por los grandes protagonistas, que olvida la vida colectiva. La periodificación horizontal es más concreta, se aproxima a la sociología. Sería comparable con la visita a los barrios de una ciudad: coexisten lo viejo, lo falso antiguo, lo falso moderno y lo moderno. Existen muchos ejemplos de la coexistencia de tendencias opuestas en el espacio y en el tiempo. Así, la visión vertical de la historia del arte no justifica, por ejemplo, que en 1860 se construyeran la Estación de Gare du Nord y la *Ópera* de París de Garnier: mientras que el primero de estos edificios apuntaba soluciones arquitectónicas de futuro, el otro apuntaba hacia modelos de inspiración propios del pasado. En 1620 Borromini concluía la escalera del Palazzo Barberini, mientras que en esa misma fecha Bernini presentaba su baldaquino en San Pedro del Vaticano.

En 1500 veía la luz la catedral de Sevilla, máximo exponente del arte gótico y en Italia Palladio inauguraba la Villa Rotonda, como ejemplo de la arquitectura manierista. En 1423 Brunelleschi finalizó la iglesia de Santo Espíritu en Florencia, donde se impusieron modelos arquitectónicos propios del primer Renacimiento y, ese mismo año Gentile de Fabriano mostraba el retablo gótico de la *Coronación de la Virgen*. La historia vertical es siempre una historia a posteriori: ¿quién le hubiera dicho a Cézanne que él era el creador del abstractismo actual, precisamente él que quería llevar la pintura moderna a la concreción de las obras maestras de los museos?

La historia vertical es parcial y ciega, no ve más allá de donde le llega la vista, y desprecia todo aquello que no entra en sus esquemas. El problema de la periodización del Renacimiento y, aún más lejos, de todo el arte moderno y contemporáneo se debe a no haber diferenciado claramente los dos métodos de estudio.

Valeriano Bozal señalaba en 1990, en el VII Congreso Nacional del Comité Español de Historia del Arte, que la historia del arte como historia de los estilos artísticos estaba sumida en una profunda crisis. Es decir, la visión del arte como historia de los estilos artísticos, vertical, se ha quedado obsoleta. Con periodos cronológicos lejanos en el tiempo como el Renacimiento o el Barroco todavía se suscitan problemas metodológicos de estudio y, principalmente, de periodización. Pero esta situación se agrava a medida que nos aproximamos a los tiempos contemporáneos. Se convertían en estilos el Surrealismo, el Expresionismo o la abstracción. El estilo es la modalidad de expresión artística, peculiar de un individuo, escuela o periodo, es decir, el carácter propio que proporciona a sus obras un artista, aunque este carácter se generaliza y amplía a un «determinado conjunto de notas peculiares y características, tanto técnicas como iconográficas y compositivas, que se repiten en las manifestaciones artísticas, de un determinado grupo humano, de una región o un periodo histórico-cultural concreto».¹

¹ J. R. Paniagua: *Vocabulario básico de arquitectura*, Madrid, 1980, p. 153.

Una sociedad nueva con clientes nuevos que demandan nuevos objetos, es decir, sociedad o coyuntura político-social, clientes o nuevas clases sociales y, consecuentemente, nuevas formulaciones artísticas han determinado la inviabilidad del método estilístico. Por tanto, las nuevas formulaciones para las manifestaciones artísticas del siglo XIX van encaminadas hacia los estudios de obras o conjuntos de ellas, siempre que lo permitan las fuentes de información, que concedan una visión amplia y de conjunto del fenómeno, sin ignorar una sólida base documental.

Una obra maestra es aquella obra de arte que nos impresiona como la más elevada encarnación de la habilidad, la profundidad o el poder de expresión. El término *masterpiece* aparece ya en un verso de Shakespeare de 1605. El término italiano *capolavoro* aparece más tarde; de hecho, ni Vasari (1550), ni Dolce (1557), ni Bellori (1672) emplearon el término. Sin embargo, la utilización del término francés *chef d'oeuvre*, de origen altomedieval, no era raro hacia finales del siglo XV.²

El siglo XIX y sus condicionantes históricos

No es arbitraria la separación que los historiadores establecen entre Edad Moderna y Edad Contemporánea en las últimas décadas del siglo XVIII. Las estructuras políticas, económicas y sociales, que habían dominado durante siglos, empiezan a evolucionar hacia una nueva situación que va a modificar profundamente las formas de vida del ser humano. Los cambios son tan grandes y rápidos que los historiadores aplican el calificativo *revolución*, es decir, giros acelerados en el tiempo que motivan una nueva forma de vivir.

El arte no será ajeno a estas transformaciones y experimentará variaciones de hondo calado motivadas por las nuevas formas de organización de la sociedad. Los artistas y arquitectos no viven aislados, sino que participan de las inquietudes y circunstancias de cada momento. Influenciados por estas circunstancias van a desarrollar su particular camino estético.

La Revolución Industrial es el gran detonante que abre el mundo contemporáneo, con la sustitución de las formas tradicionales de producción por una industria mecanizada y alimentada por las nuevas fuentes de energía. Suministró los avances técnicos para el desarrollo de la arquitectura del hierro con la aparición del alto horno de carbón de coque, el cemento armado, la posibilidad de conseguir láminas de vidrio sólidas de mayor tamaño, la soldadura y otros sistemas de unión. Asimismo, la Revolución Industrial creó grandes focos de atracción laboral hacia las ciudades. Se asiste al fenómeno urbanístico más grande de toda la historia de la humanidad. Las ciudades se van a ver invadidas por grandes masas de proletarios que proceden de un campo mecanizado que precisa menos mano de obra y de un aumento demográfico desbordante que ha provocado el descenso de la

² Walter Cahn: *Obras maestras. Ensayos sobre la historia de una idea*, Madrid, 1989.

mortalidad y el aumento de la natalidad. La situación de hacinamiento, falta de higiene y epidemias frecuentes alentarán procesos de cambios urbanísticos que permitan el alojamiento de estas masas de población en los entramados urbanos.

Las revoluciones políticas y los cambios ideológicos, que se suceden desde finales del siglo XVIII, también van a tener su oportuna influencia en el desarrollo artístico. La aparición del pensamiento ilustrado sitúa la razón en el centro de la vida humana como forma de entender el mundo y organizarlo. A una mentalidad racionalista debía corresponder un arte que también lo fuera. El neoclasicismo recupera este carácter equilibrado del arte, inspirado en las formas clásicas, y evoluciona hacia modos de representación muy racionalistas. El carácter laico de la Ilustración influirá poderosamente en el desarrollo artístico, pues se apuesta por una estética descongestionada de los idearios religiosos tradicionales propios de la Edad Media y Moderna. Nuevos géneros pictóricos, como el paisaje o el cuadro de género, tomarán el relevo a la iconografía cristiana anterior.

La uniformidad cultural, que intentó imponer la Ilustración a todos los pueblos dominados política o culturalmente por Francia, desencadenará un proceso de reacción y recuperación de las identidades nacionales tras la desaparición del Imperio napoleónico, junto a la búsqueda de las peculiaridades de cada pueblo. La Edad Media aparece como el momento de génesis de cada unidad cultural y se mirará con agrado el arte que fue configurando sus distintas peculiaridades. El movimiento romántico está inspirado precisamente en esta recuperación de identidades fraguadas en el Medioevo, cuando surgen los actuales Estados tras la desintegración del Imperio romano. Los movimientos nacionalistas y su deseo de crear Estados nación colaborarán también en la recuperación de estas identidades nacionales. Finalmente, la incorporación de nuevas ideologías, como el marxismo y el anarquismo, hacen posible un desarrollo de la conciencia social y la aparición del Realismo que evoca las duras condiciones de vida del proletariado y la gente humilde.

La revolución agraria significó una mejora en las técnicas de cultivo, con la supresión del barbecho y la incorporación de los abonos inorgánicos. La consecuencia inmediata será el aumento de la producción de alimentos y sus efectos positivos en el crecimiento de la población. Al mismo tiempo, el campo también se mecaniza y precisará menos mano de obra. Estos cambios suministrarán una mano de obra abundante y barata dispuesta a trasladarse a las ciudades en busca de trabajo. Los cambios urbanísticos vienen también urgidos por este desbordamiento demográfico que se sustenta en la revolución agraria.

La revolución demográfica es posible gracias al aumento de la producción de alimentos, las mejoras en la medicina y la práctica de una higiene más adecuada. Las consecuencias son la disminución de la tasa de mortalidad, el éxodo rural hacia las zonas urbanas y el consiguiente crecimiento de las ciudades que obligará a los oportunos cambios urbanísticos. Hay una primera generación de urbanistas utópicos que ven las soluciones a los problemas de hacinamiento humano en las ciudades en la creación de nuevas comunidades externas regidas por criterios cooperativos. La mayoría fracasaron o tuvieron una vida corta. Durante la segunda mitad del siglo XIX, aparecen soluciones de carácter realista

que proponen remedios más científicos a partir de intervenciones en las mismas ciudades.

Finalmente, la revolución de los transportes permite estrechar las relaciones humanas y favorece los intercambios culturales y artísticos. Tanto el ferrocarril como el barco de vapor aprovechan la nueva energía, que permitirá duplicar en pocos años la velocidad de los desplazamientos. El mundo inicia el proceso de globalización que le caracteriza en la actualidad. Difícilmente hubiesen llegado al Occidente europeo las influencias de las culturas orientales sin una infraestructura que lo hubiese permitido. Contextos como el japonismo, el mundo hindú, chino, musulmán o negroafricano se ven como llenos de fantasía, encanto y novedad. Serán objeto de imitación tanto por el movimiento romántico como por el modernismo. Su influencia irá más allá de las fronteras del mundo decimonónico, para alcanzar la estética posterior.

Pretendemos desarrollar una historia del arte en el siglo XIX por grandes movimientos artísticos que permitan insertar la actividad de arquitectos y artistas en los grandes bloques evolutivos de la cultura de este periodo y establecer los necesarios puentes con la filosofía, literatura, música y demás manifestaciones culturales con las que comparten idiosincrasia y tiempo. Estas grandes unidades, que vamos delimitando, nunca son categorías cerradas sino estructuraciones flexibles que permiten entender mejor los fenómenos estéticos que se analizan, respetando siempre la individualidad de cada creador e intentando hacernos eco de sus peculiaridades al descender a su estudio concreto.